

muchacho, que en este mismo ruedo ha hecho cosas fundamentales y del que ha salido triunfador y famoso, no ha tenido ocasión para lucirse en este festejo. Y cuando no hay ocasión para que los toreros se luzcan, ya se sabe que nada resulta fácil ni agradable. Solanito (con la salvedad de sus intervenciones con la capa y con las banderillas) no ha dado motivo para el aplauso, porque en ninguno de sus dos toros había hacer nada brillante y lucido; es decir, a la

altura de lo que este mismo público le ha visto hacer en este ruedo. Ha sido una lástima, porque el muchacho era una ilusión para todos. Pero otras tardes vendrán. En otras ¡hizo tanto! Solanito, con voluntad y ganas de llegar (desanimado al final por el juego de sus toros), no ha tenido hoy ocasión para lo que hubiera querido hacer. Pero ya lo hará.

E. A.

## UNA CORRIDA DE BENEFICENCIA

### DEDICATORIA

*Al Excmo. Sr. Marqués de la Valdavia, don Mariano Ossorio Arévalo, bienquisto de todo el mundo, rogándole acepte este brindis con motivo de la Corrida de Beneficencia de 1958, otro éxito de organización como el de años anteriores.*

Situémonos no muy lejos: en 1913. Son los toreros de cartel Vicente Pastor, Rafael Gómez «el Gallo», José Gómez «Gallito» y Juan Belmonte. Un mejicano pide sitio y hay que hacérselo: Rodolfo Gaona. La máxima figura de los representantes es Joaquín Menchero «el Alfombrista», que tiene un gran comercio de alfombras en la carrera de San Jerónimo, frente a Lhardy. Representa a otros toreros el sastre Manuel Retana, casado con una mujer guapísima que llama la atención. Es Retana *edecán* de «Bombita», mano derecha de don Pedro Miembro, un carnicero de la calle de Núñez de Arce, que fué empresario de la Plaza de Toros antes de don Indalecio Mosquera, el del reto a Ricardo Torres y a Rafael González «Machaquito».

La Plaza —vieja en la cronología taurina matritense— ocupa un área que —todavía al cabo de los años *desalquilada*— limita al Norte con la calle de Alcalá; al Sur, con la Fuente del Berro; al Este, con las de Goya y Lombía, y al Oeste, con el ramal de las rondas denominado de O'Donnell y el Doctor Esquerdo. Este espacio se abre en su descampado actual a la avenida de Felipe II, ayer de la Plaza de Toros, que se llamó, por llamarle algo, de la carretera de Aragón.

Este coso madrileño de mi época era de estilo mudéjar, con ladrillos de un color rojo; caldero, como patinados, y una perfecta armonía de líneas. Nada era ni tenía desmesurado; todo proporción, esbeltez, elegancia. Desde cualquier localidad se veía a todo el mundo. Hay puestos y sitios que ocupan don Fulano o don Mengano desde hace treinta años.

Bajo la meseta del toril, en la piedra ha hecho surco la fecha de la inauguración. Abre la puerta fatídica «el Buñolero». En vez de un «Ronquillo», hay veinte. Todos tienen gracia, porque en Madrid abunda el ingenio, la gracia socarrona y reticente.

El público se sabe de memoria el palco de la Fernán-Núñez, de la Osuna, del Duque de Veragua...; las barreras que ocupan «El Barquero», y «Don Modesto», y «Don Pío». «Don Pío» (Alejandro Pérez Lugín) es el cronista de Joselito; «Don Modesto», el de «Bombita», luego de Belmonte. «El Barquero» es el exégeta de Vicente Pastor. Gregorio Corrochano empieza la modernización de la reseña y abre muchos caminos. Se publica el «The Kon Leche», un semanario que caldea los antagonismos entre gallistas y belmontistas. Lo funda «Curro Castañares». Vamos, los hombres de pelo gris del año 55, de pantalón corto.

El primer alguacilillo es un inspector de la Guardia Municipal Montada —que el pueblo bautizó «Romanones»— muy conocido. Hombre pulcro, rubio, de medio siglo, se peina con raya el cabello, que brillanta con «bandolina», y se riza el bigote en sortijilla. Y eso que en 1913 empezaron a caer los bigotes, los de sortijilla y los «a lo Káiser»; el abotinado se alisa y las chaquetas se alargan.

Callejón arriba, callejón abajo, pasea y quema puros —de 0,20, antiguos— don Regino Velasco, desdeñoso de su burladero, que está entre el 8 y el 9.

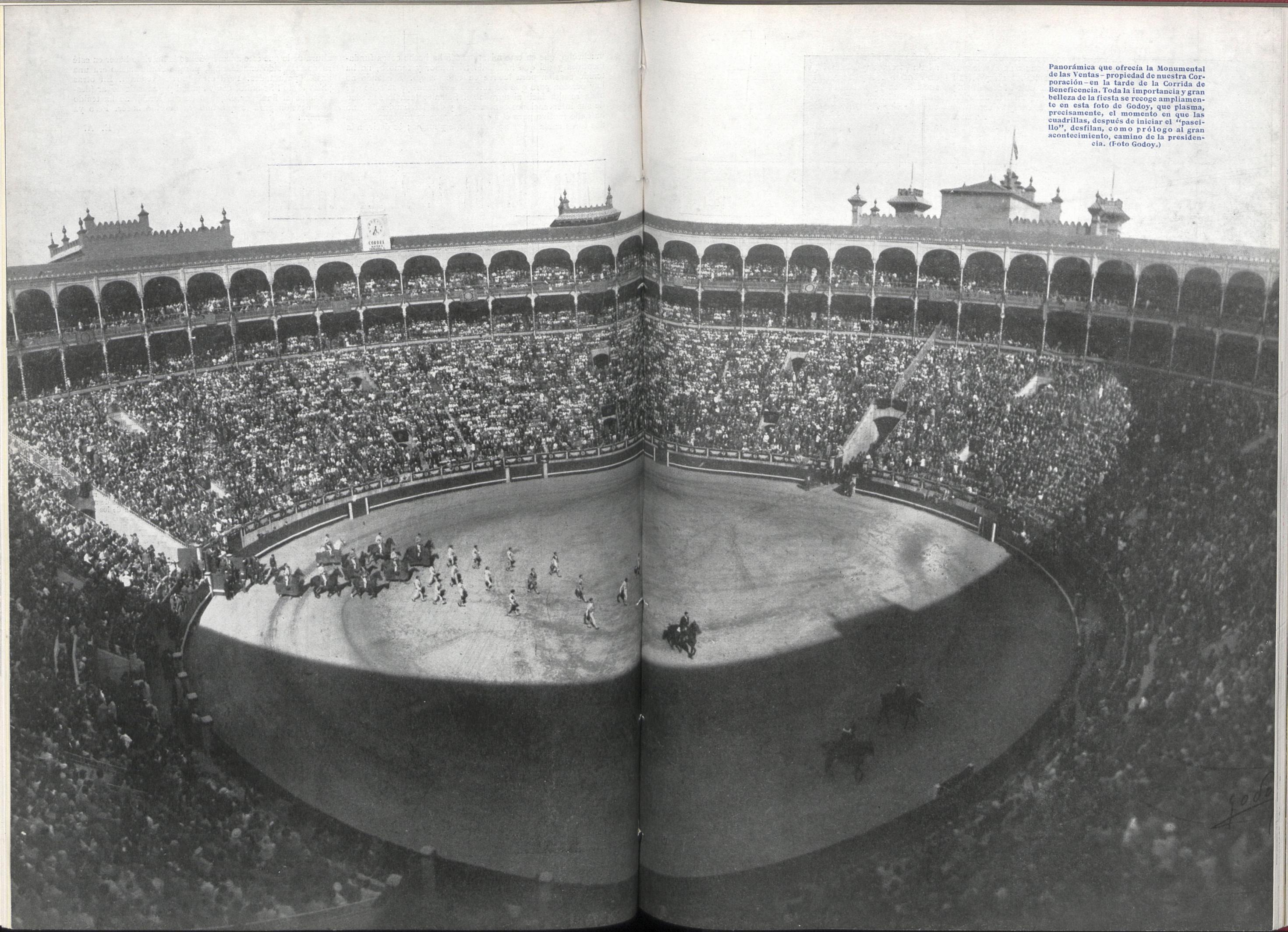
(Regino Velasco fué un impresor de la calle del Marqués de Santa Ana, barrio del Pez, que «tiraba» los carteles de toros y era, al mismo tiempo, jefe del personal. Gustaba de reunir a sus obreros a comer un arroz (ese arroz «madrileño» que no sé si le gustará a Federico García Sanchiz) en su día onomástico, y a cocido a los personajes populares de su amistad. En estos convivios le hacían la competencia «El Padre Benito», jefe de las claques de todos los teatros de la Villa y Corte. Fabulosos cocidos.

\* \* \*

Regino Velasco ha confeccionado un cartel magnífico. El mural lleva, como un marco, los colores rojo y gualda. De seda, los de mano. Sobre una cabeza de toro colmenareño, antes de la ruina de los aelas, la leyenda conocida:

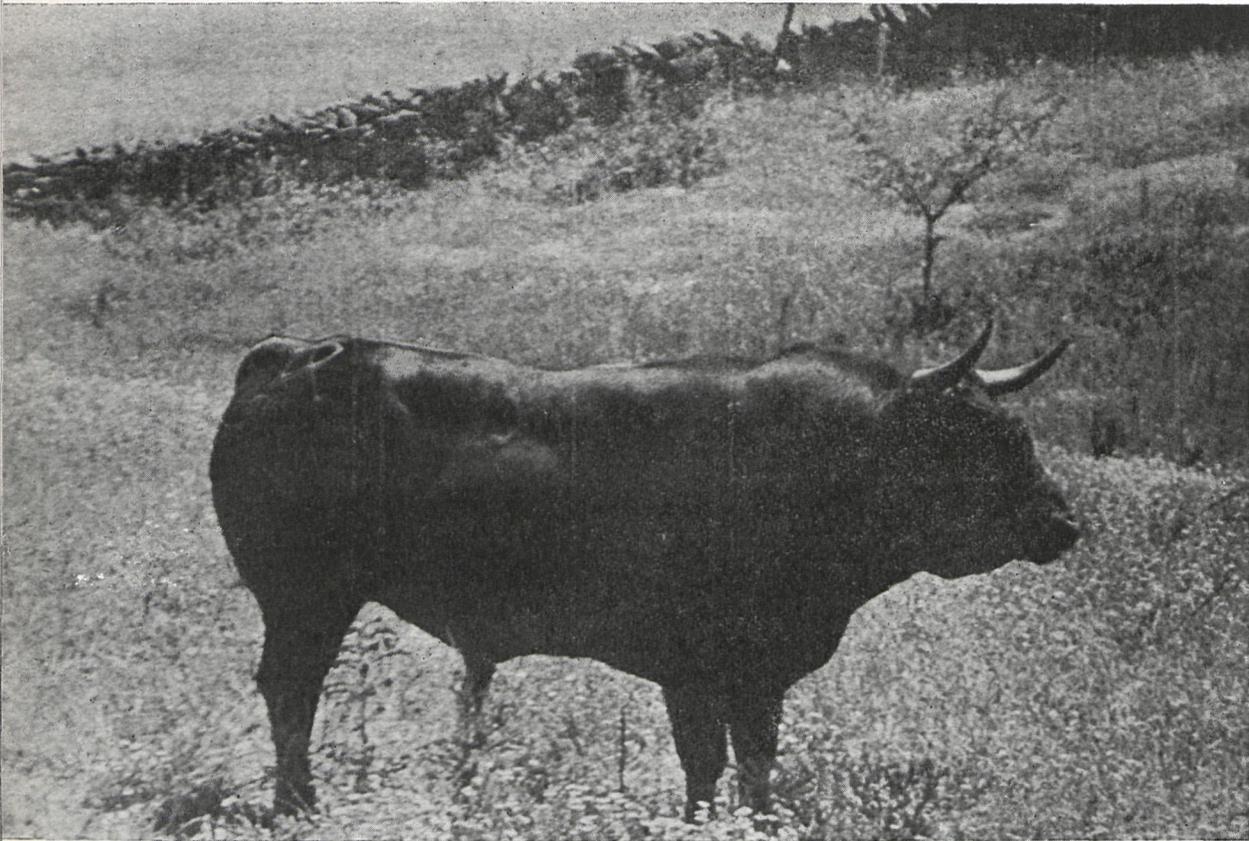


S. E. el Jefe del Estado cambia impresiones con los diestros que intervinieron en la corrida y que, mediada la misma, subieron al Palco de Honor para cumplimentar al Caudillo de España, que, una vez más, en compañía de su distinguida esposa y miembros del Gobierno, demostró su interés por el Hospital Provincial asistiendo al festejo organizado en beneficio del querido centro hospitalario.—(Foto Leal.)



Panorámica que ofrecía la Monumental de las Ventas - propiedad de nuestra Corporación - en la tarde de la Corrida de Beneficencia. Toda la importancia y gran belleza de la fiesta se recoge ampliamente en esta foto de Godoy, que plasma, precisamente, el momento en que las cuadrillas, después de iniciar el "paseillo", desfilan, como prólogo al gran acontecimiento, camino de la presidencia. (Foto Godoy.)

Godoy



“La más bella estampa de la fiesta brava está resumida en esta magnífica silueta de un toro con arrobos y trapío, en pleno campo primaveral español, un toro bravo dispuesto para pisar el ruedo madrileño, con otros cinco seleccionados hermanos de divisa.” Comentario que, a esta misma foto, hacía un diario madrileño refiriéndose a uno de los toros de la ganadería de don Antonio Pérez y que fué lidiado en la benéfica corrida. —(Foto Leal.)

#### «PLAZA DE TOROS DE MADRID»

e inmediatamente las cuatro palabras clave:

#### «GRAN CORRIDA DE BENEFICENCIA»

No creo exista en todo el orbe taurino un festejo de mayor prestigio. Los aficionados sienten hervirles la sangre española a su solo anuncio. Los cronistas se esmeran en el estilo, que los periodistas, toda la vida, hemos descuidado un poco. Se escribe de prisa, no hay tiempo de corregir. Pero hoy... Algunos se remontan, paradigmáticos, a las corridas reales en la plaza Mayor. Otros recurren al tópico del sol, de la primavera y la mujer española. Las familias sacan de la cómoda el traje de seda femenino y el de americana varonil. Se lo hizo para la boda, lo llevó al primer bautizo y hoy lo reserva para los entierros. Bueno, para la corrida de Beneficencia también.

La esposa —los madrileños decimos «la mujer»— arma la de San Quintín porque el «mastuerzo» del hombre —la madrileña del pueblo dice «el mío»— no le da los cinco durazos para desempeñar el pañuelo. El «pañuelo» es el mantón de Manila, que algunas llaman «el mantón de chinos». Entre las joyas familiares —la colcha de Damasco que se guarda para colgaduras del Corpus— está la mantilla de blonda, blanca o negra, que resalta la belleza de nuestras mujeres: una morena con mantilla blanca y una rubia con mantilla negra... ¡el delirio!... Si se prefiere la de madroños, que es la madrileña, la goyesca, figuraos a una leve damisela de cabellos de oro bajo los madroños encendidos de una mantilla encarnada. Ya lo dijo un poeta:

... y en delantera de grada  
una mantilla española...

Claro que éste es el marco nada más: la grada, la mantilla. El rostro es lo que importa, unos ojos negros o azules (infierno y gloria), y unas manos de marfil, y unos dientes de nácar y un pecho alto, agitado bajo los siete claveles rojos de una pasión presentida.

En 1913, y muchos años después, la mujer iba a la Corrida de Beneficencia a *delantera de grada*. Sí, señor; a delantera de grada, con mantilla española y mantón de chinos. Los hombres nos colocábamos al pie de las escaleras para verlas subir... y descubrir la media negra calada apretando el tobillo.

La fiesta necesita del color; más aún, de la policromía, la belleza. Y las mujeres están más bellas (las delgadas) o más guapas (las gorditas) con mantilla, no con esas canarieras al uso; con pañuelo de rosetones y un ramo de flores sobre la canalita del pecho; con zapatos de tacón alto. (Horror de los zapatos planos en los pies de las mujeres!)

Hágame usted unos zapatos  
con el tacón que levante,  
que soy chiquita y no alcanzo  
a los brazos de mi amante.

\* \* \*

El primer espada del cartel se llama Vicente Pastor. Es de Madrid. Vive en la *ca' Embajadores*, núm. 9, principal. («Hay ascensor», ha dicho «Don Modesto».) Se le quiere con ese acendrado afecto que los madrileños ponemos en las cosas de nuestra tierra, todo lo *seca*, *yer-*

ma y manchega que se quiera, pero ardiente y abrasadora de pecho adentro.

La corrida está anunciada para las cuatro y media. Media hora antes, Vicente (que está enamorado —dicen— de Paquita Escribano) se pone la chaquetilla del terno verde y oro que vistió los días solemnes, reza un avemaría ante una estampa de la Virgen de la Paloma, da un largo beso en la frente de su madre, se cubre con la montera, se echa el capote de lujo, encarnado y oro, sobre el hombro izquierdo. Abajo le espera una tartana, y en ella, los banderilleros, que son «Magritas», «Maera» (con el tiempo, matador) y Pablo Baos «el Sordo».

El barrio le despide con cariño. Siempre. Allí están las comadres de la Encomienda, en cuya castiza vía vive Luis Esteso, con los crios a cuestas. Porque Vicente, aún el año 58, que actúa de asesor en la corrida de Beneficencia, sigue siendo el vecino del principal de Embajadores, 9.

La tartana de Vicente Pastor hace este recorrido: cabecera del Rastro, Duque de Alba, plaza del Progreso, calle de la Magdalena, Antón Martín, León, Prado, Neptuno, Lealtad, Alfonso XII, Puerta de Alcalá y calle del mismo nombre, estatua de Espartero.

Un famoso torero ha dicho: «Yo no estoy tranquilo hasta que le veo la cola al caballo de Espartero».

\* \* \*

Las puertas de la plaza se han abierto «dos horas antes». El público tiene acceso al ruedo por tres puertas: la central, llamada de Madrid; la de caballos y la de arrastre. Hay varias accesorias. En el centro del anillo está la banda del Hospicio dando un concierto. No conocemos a Stravinsky ni a Moussorsky. Nos alegran el espíritu Chueca, y Bretón, y Chapí. Paseamos «pegaditos» a la barrera, contemplando las damiselas aristocráticas y las «Ninón» de delantera de grada. No desmerecen las chulaponas del tendido, con una guirnalda de claveles en el pelo y el pañolón al brazo. Esa, a la que el «castizo» chicolea:

—¡Oiga, maestra!

A las cuatro y veinte en punto llega la Infanta («la Chata»), con su mantilla de blonda y sus claveles sobre el pecho abultado. A su izquierda, la de Nájera; quizá, la Beltrán de Lis.

—¿Ha venido Alfonso? —pregunta.

El Alcalde responde:

—Su Majestad llega en este momento.

Porque los toros son la única cosa seria que en España no admite retraso. Ni del Rey.

\* \* \*

A la mitad de la corrida, los matadores suben al palco regio. Alfonso XIII les ha regalado, por los brindis, alfileres de corbata de oro con sus iniciales en brillantes y rubíes. La Infanta llama al ex «Chico de la Blusa»:

—¡Hola, Vicente! ¿Cómo está tu madre?

¡Madrid, señor! Que somos así.

\* \* \*

...y en delantera de grada,  
una mantilla española.

J. C.



*EL Capitán General de la Primera Región Militar, laureado Teniente General, don Miguel Rodríguez Martínez, está en posesión de numerosas condecoraciones, que ha ganado en la guerra. Pero le falta una, que ha ganado en la paz: la de Alfonso X el Sabio, con la que se premian destacados servicios, que contribuyen a la elevación del nivel cultural de la Nación.*

## EL EJERCITO,

en lucha contra el analfabetismo



**H**AY una actividad de nuestro Ejército que es muy poco conocida, pese a la importancia que tiene y al grado de eficacia que esta actividad ha alcanzado. Por eso traemos a las páginas de CISNEROS la relación de unos hechos y unas cifras que justifican el comentario.

Si los reclutas de los reemplazos de 1934 y 1935, sin ir más lejos, vieran hoy una Orden del Día del Cuartel Inmemorial núm. 1, se asombrarían ante la novedad. Porque sin que falten, naturalmente, las obligaciones que ellos cumplieron, hay todos los días para una parte de los reclutas de la Primera Región unas obligaciones ciertamente atractivas y completamente nuevas.

Dice así una de ellas: «8,30 horas, diana; 9, desayuno; 10, visita al Museo de Ciencias Naturales; 14, primera co-

mida; 15,45, recorrido turístico por los alrededores de Madrid; 18, sesión de cine o paseo; 21,30, segunda comida; 22,30 función de circo en el Price; 1, regreso al Cuartel y silencio».

Esto es sólo parte del programa que por iniciativa del Capitán General de la Primera Región, Teniente General Rodrigo, ha organizado la Segunda Sección del Estado mayor de la Capitanía para realizar una labor cultural que es de extraordinaria eficacia, y de la que son beneficiarios buen número de hijos de la provincia de Madrid. Esta actividad tiene una primera parte, que es la lucha contra el analfabetismo en los cuarteles. En todos ellos, cuando llega un recluta analfabeto, se le nombra un padrino, elegido de entre los que tienen cierta cultura, y a quien se le encomienda la tarea de enseñar a leer y escribir; a ambos

se les estimula con permisos extraordinarios. Todo recluta analfabeto asiste además, diariamente, a unas clases obligatorias, a las que se subordina cualquier otra actividad del soldado.

De la eficacia de esta labor hablan mejor las cifras. Así, de los 5.115 analfabetos que con la quinta de 1955 se incorporaron a los Cuarteles de la Primera Región (Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara, Avila, Segovia, Cáceres y Badajoz), aprendieron a leer y escribir durante su servicio militar 4.795; 272 aprendieron sólo a leer y únicamente se licenciaron 48 que continuaban siendo analfabetos.

Otro escalón de esta labor cultural de la Primera Región es la que bajo la denominación de «Recreo educativo del soldado», realiza una tarea de enseñanza más amplia en los Hogares del Soldado, que han surgido en todos los cuarteles, bien instalados, acogedores y agradables, en los que el soldado conoce una nueva vida de cuartel que le hace olvidar la Milicia como la concebía antes, para pensar en la Milicia que le enseña y el cuartel en el que se hace hombre. Todos estos hogares tienen aparatos de radio, juegos de mesa, bibliotecas, etc., y recientemente el Teniente General Rodrigo ha dispuesto que se dote a todos ellos de aparatos de televisión. Todos los soldados de la guarnición tienen también una sesión de cine en sus acuartelamientos o en los más próximos, durante tres días a la semana, con proyección de un documental y una película de las que están en cartel en las salas de espectáculos.

Completa esta labor la «Semana Turística del Soldado», a la que se ha llegado por un proceso que garantiza la eficiencia. En primer lugar se organizó un curso para monitores, reclutados voluntariamente de entre los Oficiales, que habían de ser los que acompañarían a las tropas en los recorridos turísticos y les explicarían lo que vieran. Los monitores visitaban primero lugares y centros que enseñarían después a las tropas y estudiaban lo más saliente de cada uno de ellos. Hoy existe un grupo de 31 Oficiales monitores especializados, según sus gustos y aficiones, en los distintos recorridos de estas visitas.

Los lunes de cada semana llegan a Madrid 25 soldados procedentes de todos los Regimientos y Cantones de la Región, y elegidos preferentemente de entre los que no tienen su residencia habitual en la capital. En la estación son recogidos por un autocar que los traslada al Cuartel del Infante Don Juan, que les sirve de alojamiento durante su estancia en Madrid. Después del desayuno hacen el primer recorrido turístico por Madrid en los mismos autocares. El guía que les explica lo que ven con toda clase de detalles es un Oficial monitor. Por la tarde visitan un Museo; después asisten a una sesión de cine, y una noche a la función de circo. El domingo de su estancia en Madrid asisten al partido de Liga que se celebra en cualquiera de los dos campos.

El programa de todos los días de la semana es parecido, y durante ellos visitan los distintos Museos, la Institución Sindical «Virgen de la Paloma», los ambulatorios del Seguro de Enfermedad, las más importantes industrias, etcétera. En todas ellas se les explica detenidamente el funcionamiento y la misión de cada Centro, pero se dedica especial cuidado a la visita a los Museos. En el del Ejército, muy del agrado de la tropa, reciben una amena e interesantísima lección de Historia, y en el del Prado es impresionante la atención de los soldados a la explicación del contenido y a las definiciones de cada una de las obras. El Comandante Almagro, que ha dirigido el curso para los monitores, ha sabido enseñar a éstos a destacar lo que puede interesar de un cuadro y a interpretarlo. Así, a través de los gestos, de los vestidos, de las actitudes, el monitor enseña al soldado a «leer» en el cuadro la característica de la época y la personalidad de las figuras que representan.

Después de permanecer una semana en Madrid, los soldados vuelven a sus cuarteles a continuar su formación, y por eso encuentran en ellos un lugar que se les hace más grato cada día.

F. DEL V.

## LA SIERRA DE GUADARRAMA, PULMON DE MADRID

NINGUNA otra ciudad, excepto Viena, tiene tan cerca del casco de la población un parque natural como el que constituye con sus innumerables bellezas la Sierra del Guadarrama, y sin embargo, dada su excelente proximidad a la Villa del Oso y del Madroño, muchos de sus macizos, coronados de nieve perpetuas y azotados por las ventiscas, son inaccesibles para muchos montañeros. El mejor elogio que de nuestra incomparable Sierra puede hacerse es el que salió de los labios de un célebre alpinista extranjero: el italiano Piero Ghiglione, cuando al llegar a las estribaciones de La Pedriza, y ante la sublime inmensidad del paisaje que contemplaban sus ojos, exclamó con sincero entusiasmo: «No he visto en ningún país sitio tan original.» Y esta exclamación de un hombre tan avezado a escalar riscos y medir profundidades es el mejor homenaje que puede dedicarse a la misma. Porque La Pedriza es un ingente amontonamiento de descumales y desnudas piedras que, en un perímetro relativamente pequeño, se pueden amontonar en una extensión de 40 kilómetros. Visto este pétreo coloso desde la cabina de un avión, parece como si el costado Sur de la maciza loma de la Cuerda Larga hubiera sufrido un caprichoso desgarramiento en ese punto que se extiende en forma de abanico al llegar al pueblo de Manzanares el Real (908 kilómetros).

Partícipes de la misma grandeza, aunque de diferentes características, son las cumbres, el circo y la laguna de Peñalara, cuya cima de 2.430 metros alcanza su máxima altitud en toda la Sierra madrileña. Desde la cumbre de las Guadarramas (2.258 metros) en el Puerto de Navacerrada —nacimiento del famosísimo y castizo Manzanares, que galantemente cede su derecho al río Angostura—, y avanzando por áspero camino de peligrosos ventisqueros, se llega a La Maliciosa (2.237 metros) o a Valdemartín (2.278 metros), y de aquí puede seguirse a las Cabezas de Hierro (2.383 metros) para continuar luego por el inhóspito crestón de la Cuerda Larga, que termina junto al Puerto de la Najarra sobre el pueblo de más bello nombre de los contornos serranos: Miraflores de la Sierra. Este pueblo de tan singulares atractivos, regado por el Guadiana, se denominaba Porquerizas «cuando, fundado por segovianos en 1247, formaba parte del Real. Nombre tan desafortunado fue cambiado por obra y gracia de doña Isabel de Borbón, primera mujer de Felipe IV. Camino de La Granja, en un frío pero despejado día de otoño del mes de noviembre de 1627, quedó encantada ante la visita del paisaje de Miraflores, al hacer un alto en el lugar que desde entonces se llamó «Parada de la Reina», al pie del pico de la Najarra. Dicese que exclamó, dirigiéndose a su acompañante: «Mira, flores», y al preguntar el nombre del pueblo y enterarse que tenía el poco atractivo de Porquerizas, mandó se cambiara éste por el de su primera exclamación, convertida en sustantivo. No cabe duda que la Reina demostró tener exquisito gusto poético e idea de la realidad, dada la belleza del lugar» (1).

De la predilección de los madrileños por su Sierra da idea el hecho que vamos a referir. Hace muchos años, cuando Madrid era un gran poblachón sencillo y romántico, y sus habitantes no podían permitirse el lujo de ir a la Sierra, tanto por falta de numerario como de medios de locomoción —el primer tren, que partiendo de la estación de Cercedilla sólo llegaba hasta Navacerrada, después de un recorrido de algo más de 12 kilómetros, siendo inaugurado el año 1923—, idearon el medio de usurpar al Guadarrama su más preciado tesoro, la nieve, para aliviar un tanto los rigores de la canícula. Esta nieve, una vez llegada a la capital en sendas carretas de apacibles bueyes, era admirablemente conservada durante todo el año por sencillísimos procedimientos en los famosos «pozos de la nieve», vasta extensión de terreno que abarcaba desde los terrenos del antiguo Hospicio de la calle de Fuencarral hasta el denominado en aquella época paseo de Ronda. Esta costumbre dejó de practicarse cuando Isabel II inauguró el Canal que lleva su nombre.

Hoy, por fortuna, la difusión del turismo y los medios de locomoción hacia ese trozo de nuestra imponderable cordillera Carpeto-Vetónica, ponen al alcance de los madrileños las poéticas nevadas soledades guadarrameñas, y La Pedriza, Peñalara, La Peñota y los Pinares de Navacerrada nos son tan familiares como cualquier calle de nuestra urbe.

EMILIO REVERTER ALONSO

(1) Alfonso Quintano Ripollés: «Biografía de un Partido Judicial», obra premiada y editada por la Excm. Diputación Provincial de Madrid en 1954.